

Globalización, riesgo, reflexividad

**Tres temas de la teoría social
contemporánea**

Edición a cargo de
Ramón Ramos Torre
Fernando García Selgas

CIS

Centro de Investigaciones Sociológicas

Colección ACADEMIA

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento (ya sea gráfico, electrónico, óptico, químico, mecánico, fotocopia, etc.) y el almacenamiento o transmisión de sus contenidos en soportes magnéticos, sonoros, visuales o de cualquier otro tipo sin permiso expreso del editor.

Primera edición, Mayo de 1999

© CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS
Montalbán, 8. 28014 Madrid

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain

NIPO: 004-99-005-6
ISBN: 84-7476-274-X
Depósito legal: M. 28.629-1999

Imprime: Gráficas Arias Montano, S. A.
Pol. Ind. 6 de Móstoles
Parcela 31-B
Ctra. M-501, Km. 4,400
28935 MÓSTOLES (Madrid)

Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos (O un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo)

Pablo de Marinis Cúneo

Introducción

En los tres primeros apartados de este texto se hará referencia principalmente a los conceptos de *gobierno* y *gubernamentalidad*, introducidos por Michel Foucault a partir de finales de la década del setenta como complemento o como correctivo de la noción que hasta entonces venía manejando acerca del poder. Además, se recogerán algunas de las principales discusiones presentes en la elaboración y recreación conceptuales sobre la gubernamentalidad, realizadas en especial en el campo anglosajón (sobre todo en el Reino Unido, Canadá y Australia, y en menor medida en EE.UU.), y con un mayor énfasis desde comienzos de la presente década.¹ A partir de este debate, se abrió en las ciencias humanas académicamente institucionalizadas una perspectiva plural y bastante poco homogénea internamente, a la que se conoce en su conjunto como *governmentality studies* o simplemente (aún con un menor afán clasificatorio y que atiende expresamente a esta heterogeneidad) como *governmentality literature*.

El grado de institucionalización y normalización académica de este grupo de «anglofoucaultianos» (así los llamaré genéricamente de aquí en adelante) no se restringe a la actividad de docencia e investigación universitaria.² Se manifiesta también en la aparición de libros-colecciones de ensayos³ y otras monografías individuales de algunos de los miembros de este grupo, así como

¹ Por razones de espacio, me concentraré en el trabajo del propio Foucault y en el desafío que de él recogió este grupo de investigadores anglosajones. No voy entonces aquí a considerar otras líneas de búsqueda que se abrieron desde esta preocupación inicial de Foucault sobre la gubernamentalidad, como por ejemplo los trabajos que siguieron algunos de sus colegas y discípulos directos (Giovanna Procacci, Pasquale Pasquino, Jacques Donzelot, François Ewald, Robert Castel, Gilles Deleuze, Daniel Defert, etc.). Tampoco tendré en cuenta los importantes trabajos de Ian Hacking sobre las estadísticas, las ciencias humanas, el gobierno y el biopoder.

² En varias universidades australianas, británicas y canadienses (entre las que destaca el Goldsmiths College, de la Universidad de Londres) tienen su asiento las factorías más importantes de estudios sobre la gubernamentalidad.

³ Burchell/Gordon/Miller (1991), Gane/Johnson (1993) y Barry/Osborne/Rose (1996). Llama especialmente la atención el hecho de que mientras en los dos primeros libros todavía había contribuciones de autores franceses e italianos, colaboradores directos y discípulos de Foucault, el último cuenta sólo con textos de anglofoucaultianos. El importante tema del pronunciado sesgo «anglocéntrico» que han tomado en los últimos años los estudios sobre la gubernamentalidad no puedo lamentablemente discutirlo aquí. He discutido este tema con estos investigadores en la lista de correo electrónico (*History of the Present*) de la que se habla más abajo.

numerosas publicaciones en revistas.⁴ Además, desde hace varios años se organizan regularmente conferencias específicas para el abordaje de determinados temas de investigación.⁵ Existe también una lista de correo electrónico (*History of the Present*), como medio de comunicación de informaciones relevantes para el grupo y que a menudo se utiliza para llevar a cabo discusiones conceptuales. También se ha institucionalizado una *History of the Present Research Network*, como espacio de intercambio y encuentro para investigadores que trabajan en esta área. Sin embargo, me interesa subrayar que no se trata de un grupo tan homogéneo como a primera vista podría parecer. Más allá de una común «inspiración foucaultiana», existen significativas diferencias entre los autores, las que no puedo desarrollar en detalle aquí. De todas formas, mi modo de presentar la temática en general significará también por cierto una toma de posición frente a algunos de esos debates.

El presente trabajo tiene por objetivo la presentación de unos debates teóricos que me parecen relevantes ante un público que, en líneas generales, los desconoce. No se trata, en principio, de hacer la mera exégesis textual de un autor (Foucault), ni de reconstruir una suerte de «historia interna» del lugar teórico y metodológico de esta problemática de la gubernamentalidad en el conjunto de su obra,⁶ ni tampoco de importar debates internos y divertimentos de una determinada escuela o cenáculo académico.

Más bien me anima el propósito interesado de revisar enfoques teóricos que puedan resultar efectivos para confrontarse con formaciones empíricas de carácter estratégico, abonando así una concepción de teoría social no necesariamente divorciada de una práctica de investigación acotada. Al mismo tiempo, se intenta ofrecer una alternativa conceptual frente a los numerosos planteamientos que hoy proliferan, y que en lugar de tomarse seriamente la pluralidad y la contingencia de un mundo «postsocial», terminan aplanando las significativas variaciones existentes entre los diferentes fragmentos de la experiencia contemporánea de la vida colectiva, generando así monismos homogeneizantes de nuevo cuño.

⁴ Especialmente, *Economy and Society*, si bien publica textos sobre variadas temáticas, se ha convertido de *facto* en un verdadero órgano oficioso de este grupo de investigadores. Desde comienzos de la década de los noventa, se han registrado (entre libros y artículos) unas 500 contribuciones sobre temáticas relacionadas con el concepto de la gubernamentalidad.

⁵ Los títulos de las mismas ilustran acerca de las temáticas discutidas: *Radically Rethinking Regulation, Foucault and Politics, Liberalism, Neo-Liberalism and Governmentality, Alternative Political Imaginations, The Normal and the Pathological: Life, Disease, Cure* (en homenaje a Georges Canguilhem), etc. Para finales de 1998, se ha organizado un evento, que tendrá lugar en Londres, para discutir lo que debería ser una «visión foucaultiana» (sic.) de la «Tercera Vía» propuesta por el primer ministro británico Tony Blair.

⁶ El único investigador que ha hecho esta tarea, y de manera brillante y rigurosa, es Thomas Lemke (1995 y 1997), precisamente en Alemania, donde la discusión sobre gubernamentalidad, a diferencia del campo anglosajón, apenas está comenzando a despuntar. Frente a quienes pretenden dividir la obra foucaultiana en fases más o menos diferentes, Lemke entiende precisamente esta conceptualización acerca de la gubernamentalidad como una verdadera bisagra entre sus trabajos anteriores y los posteriores, vinculando así en una continuidad de modos de problematización la genealogía del Estado y la genealogía del Sujeto (sobre esto volveré más tarde). Fue el mismo Foucault quien subrayó más de una vez la unicidad de su proyecto (1994f, 633). Acerca de la pertinencia de esta partición en «fases» del trabajo de Foucault véase también Morey (1996).

El texto continúa en un cuarto apartado con algunas reflexiones acerca de lo que se ha dado en llamar «neoliberalismo», en las que ya pueden verse en su funcionamiento y desplegados los conceptos desarrollados en los apartados anteriores.

Terminaré el recorrido con un quinto apartado, donde sugiero —de una forma más bien intuitiva y todavía bastante exploratoria— una noción de esta «postsocialidad» emergente, con la que los estudios sobre la gubernamentalidad se relacionan de una manera muy peculiar: partiendo de la base de la disolución del concepto de «lo social», ellos contribuyen a construir conceptualmente este nuevo objeto postsocial como legítima área de incumbencia para las ciencias humanas, y se constituyen a la vez en una fructífera vía de acceso a este nuevo campo de objetos.

1. La lectura foucaultiana de la crisis contemporánea del gobierno

A la hora de contextualizar el surgimiento del concepto de gubernamentalidad y del debate que éste generaría posteriormente, sería conveniente establecer algún tipo de distinción (en principio, cronológica) entre el trabajo realizado en su tiempo por el propio Foucault y los de quienes luego lo habrían de retomar.

Importantes problemas (teóricos, metodológicos y también políticos), intrínsecos a su propia obra, condujeron a Foucault a introducir modificaciones importantes al concepto de poder que venía manejando hasta entonces. Como elemento fundamental de estas modificaciones destaca la introducción del concepto de *gobierno*. En efecto, luego de la publicación del primer tomo de la *Historia de la Sexualidad* (conocido como *La Voluntad de Saber* y publicado en 1976, luego de la que quizá es su obra más conocida: *Vigilar y Castigar*), Foucault se propuso la revisión de su categoría de poder, puesto que le parecía que aún quedaba demasiado atada a una imagen meramente «represiva» del mismo. (Pasquino, 1993, 79). Sus desarrollos alrededor de la noción de gobierno vendrían a realizar esta necesaria corrección.

Sin embargo, lo que más va a subrayarse aquí será el trasfondo epistémico y sociopolítico de sus reelaboraciones del concepto de poder. Éste viene constituido por la profunda crisis experimentada por las racionalidades políticas y las tecnologías de gobierno del Estado Providencia, que había sido entendido hasta entonces como la modalidad dominante de gobierno de lo social.

Paralelamente a esta crisis (mejor dicho, como supuesto y a la vez como resultado de ella), tiene lugar una activación-reactivación de racionalidades políticas y de tecnologías de gobierno que han recibido en su conjunto la denominación de «neoliberales» (o «liberales avanzadas», según algunos anglofoucaultianos), «de Suecia a Nueva Zelanda» (Rose, 1996, 327), o «desde Finlandia a Australia» (Rose, 1997, 33). Este proceso ha transcurrido y sigue transcurriendo de una manera relativamente independiente de los compromisos históricos e ideológicos de los respectivos gobiernos políticos de cada país, y asume una magnitud que tiene características de global.

fundas transformaciones experimentadas por (y en) la racionalidad política welfarista, caída en desgracia sobre todo desde los años setenta y devenida cada vez más objeto de disímiles ataques y asaltos, tanto desde la izquierda como desde la derecha del espectro político.⁷ Lo que en su conjunto se conoce con el fácil rótulo homogeneizante de «reforma neoliberal», o simplemente de «neoliberalismo» incluyó entonces la por todos conocida mercantilización de los servicios de salud, pensiones y seguros, las transformaciones sustantivas del sistema educativo, las privatizaciones de las empresas públicas, la introducción en las instituciones estatales de modalidades de gestión propias del sector privado, los mecanismos de flexibilización laboral y de contrataciones, etc.

Todas estas importantes reformas tuvieron por efecto una profunda reestructuración de lo que se entendía por la relación entre lo público y lo privado. Esta nueva configuración reviste facetas bastante diferentes según cuál sea el campo de realidad que se tome en consideración. En efecto, la reestructuración se manifiesta de maneras diversas y encuentra diferentes resistencias y apoyos, según se trate del campo del control de la criminalidad y la seguridad pública, del nivel municipal o regional de gobierno, del sistema educativo, de la administración de justicia, de la prestación de servicios de salud, etc. En todos los campos, se verifica sin embargo una revalorización de (o un énfasis sobre) la figura de un individuo libre y responsable en el marco de sus respectivas limitadas comunidades de lealtades y solidaridades, así como una concomitante inyección de una «cultura de empresa» (Burchell, 1993, 275) en todos los niveles de la conducta.

Foucault llegó a vislumbrar, desde su mismo punto de inflexión, la enorme magnitud que tendrían estas transformaciones, y era de algún modo consciente de que esto iba a producir efectos muy importantes tanto para la constitución de identidades personales y colectivas como para la estructuración de órdenes sociales. Así, pese a su conocido recelo a realizar pronósticos de futuro, llegó a considerar una doble hipótesis: por una parte, la de una crisis terminal del modo de gobernar las sociedades del presente, y por la otra, la del surgimiento de una sociedad de nuevo tipo, decididamente postdisciplinaria. Sólo a modo de ejemplo presentaré cuatro textos de Foucault que me parecen significativos como ilustración de esta hipótesis doble.

El primer texto que voy a tratar es una conferencia bastante poco conocida (y nunca citada, quizá desconocida, por la recepción anglofoucaultiana) que Foucault dió en la Universidad de Vincennes (1991c).⁸ Se trata

⁷ Enfatizando en cada caso, desde luego, aspectos diferentes de este Estado Providencia: su carácter represivo de las demandas de autonomía de los individuos y los colectivos, su papel de mero contenedor de los conflictos sociales, etc., o bien su ineficiencia, su ineficacia y su arrogancia que bloquea el libre desarrollo de las fuerzas del mercado, lo cual coarta a su vez la libertad de los individuos. En cualquier caso, ambas críticas coincidían en la necesidad de dar una vuelta de página y de superar (reformándola o minándola) la racionalidad welfarista. Cf. Rose (1997, 29ss). Véase también Rose/Miller (1992, 198ss).

⁸ No está del todo clara la fecha de la realización de esta importante conferencia. En 1978 apareció publicada en castellano en *El Viejo Topo* (7).

del único texto de Foucault que conozco donde no sólo se lanza a hipotetizar acerca de un posible futuro postdisciplinario, sino que avanza también en un intento, muy poco usual en él, de realizar un pronóstico acerca de qué forma tendría aproximadamente ese futuro. Por tanto, prestaré a este texto una mayor atención que a los demás que voy a considerar en este apartado.

En esta conferencia, Foucault destaca la necesidad de realizar una seria investigación orientada a «saber en qué aspectos este orden que vemos instalarse actualmente es realmente un orden nuevo, cuáles son sus especificidades y qué lo diferencia de lo que podía ser el orden en los regímenes precedentes» (1991c, 163-4). Focaliza su reflexión en el funcionamiento actual del Estado, el cual ya no se encontraría en condiciones de gestionar, dominar y controlar la multiplicidad de luchas de diverso tipo que atraviesan la sociedad: «hasta ahora el Estado ha funcionado como una especie de *Estado-Providencia* y, en la situación económica actual, ya no puede serlo» (1991c, 164).

Frente a esta situación, Foucault hipotetiza diferentes salidas posibles, ante las cuales el analista podría, por el momento, sólo hacerse «un vago esquema», pero no dar una «explicación» acabada. Por una parte, Foucault no creía posible una salida fascista *stricto sensu* a la crisis del Estado Providencia como modalidad dominante de gobierno. Por «salida fascista» entendía un típico aparato de terror Estado-Partido, que gobernara y aplanara la multiplicidad de conflictos sociales por encima de las leyes y por fuera del derecho.

Más bien tiende a creer en la posibilidad de realización de una segunda salida, a primera vista mucho más compleja y contradictoria que la fascista. Se trataría de «una especie de *desinversión*», como si el Estado se desinteresase de un cierto número de cosas, de problemas y de pequeños detalles hacia los cuales había hasta ahora considerado necesario dedicar una atención particular. Dicho con otras palabras: creo que actualmente el Estado se halla ante una situación tal que no puede ya permitirse económica ni socialmente, el lujo de ejercer un poder omnipresente, puntilloso y costoso. Está obligado a *economizar su propio ejercicio del poder*. Y esta economía va a traducirse, justamente, en ese cambio del estilo y de la forma del orden interior» (1991c, 164-5; mi énfasis).⁹

Luego pasa Foucault a destacar las cuatro características más importantes que revestiría ese nuevo orden interior.

En primer término, tiene lugar «el marcaje, la localización de un cierto número de zonas que podemos llamar “zonas vulnerables”, en las que el Estado

⁹ Aquí llama poderosamente la atención el hecho de que Foucault ponga el foco en el Estado, en lo que el éste haría o dejaría de hacer, mientras que gran parte de su obra puede interpretarse como una lucha empeñada por desenfocar la problemática del poder del ámbito del Estado, por desmontar el viejo «postulado de la localización» del poder en el Estado, en sus instituciones y en sus prácticas (Deleuze, 1995b, 40).

no quiere que suceda absolutamente nada. (...). Serían las zonas de máxima seguridad, *quasi* estados de excepción dentro de órdenes que por demás se presentan a sí mismos como liberal-democráticos.¹⁰

En segundo lugar, y como espejo invertido de la primera característica ya descrita, Foucault habla de «una especie de tolerancia: la puntilliosidad policiaca, los controles cotidianos (...) van a relajarse (...) estos márgenes de tolerancia adquieren un carácter regulador». Con esto, el Estado se desentiende de la regulación de algunas prácticas hasta entonces consideradas «desviadas», en términos de una evaluación racional de costos-beneficios de cada intervención de poder: en ciertas ocasiones, entonces, resultará para el Estado mucho más costoso —tanto económica como políticamente— intervenir, que relajar los controles.

La tercera dimensión de este nuevo orden interior «es un sistema de información general (...), una especie de movilización permanente de los conocimientos del Estado sobre los individuos». Esto implica una nueva modalidad de relación entre el saber y el poder: no se trata ya del saber a la vez global e individualizante de la era de las disciplinas, sino de un saber abarcador, masivo, que quiere captar los grandes movimientos de conjunto.¹¹ Para Foucault, el despliegue de este tipo de saber garantiza la visibilidad y vigilancia *a la distancia* tanto de las zonas marcadas (como zonas donde nada puede ni debe suceder) como de sus márgenes.

Finalmente, el cuarto aspecto para que este nuevo orden interior funcione, es la constitución de «un consenso que (...) va a significar una cierta regulación espontánea que va a hacer que el orden se autoengendre, se perpetúe, se autocontrole...» (Foucault, 1991c, 165-6). Si bien esta frase tiene reminiscencias de una cierta autopoiesis orwelliana del poder, lo que Foucault quiere subrayar en ella es que, en realidad, la autorregulación será en gran medida obra de agentes no estatales: el Estado observará todo el despliegue de fuerzas a la distancia, y revelará incluso cierta miopía para algunos fenómenos, que no le interesarán o se le pasarán por alto, pero en principio «liberará» en gran medida a los agentes sociales para que resuelvan entre ellos sus conflictos.¹²

A toda esta nueva situación, Foucault la denomina en su conjunto «repliegue aparente del poder» (1991c, 166). Con esto quiere decir que no se trata de «menos poder», ni tampoco de «menos Estado», sino de una situación nueva, y para la que aún no había un nombre. Este nombre se lo habría de poner Gilles Deleuze, años más tarde (1995a), y será el de «sociedad del con-

¹⁰ El trasfondo de esta fuerte sentencia acerca de las formas del orden interior lo constituye el auge de la violencia del radicalismo de extrema izquierda (en Alemania, Italia, Francia, etc.) en esa época, y las respuestas bastante «poco liberales» ante él que por entonces se desencadenaron en esos países (encarcelamientos prolongados en prisiones de máxima seguridad, prohibiciones de medios de prensa, persecuciones políticas, extradiciones, limitaciones al derecho de asilo, etc.).

¹¹ «Hace ya tiempo que el nuevo Leviatán no quiere el cuerpo, pero tampoco el alma de los condenados, sino sólo el saber que le permite intervenir en cada momento. Su hambre tiene más que ver con la información que con la opresión» (Scheerer, 1996a, 327).

¹² El tema de la «miopía del Estado» en el diagrama de poder contemporáneo lo he discutido en otra parte (1998a).

trol», como resultado de una transición histórica a partir de la sociedad disciplinaria.¹³

El segundo texto foucaultiano que quiero considerar es una entrevista que le realizó Roberto Bono, y que fue publicada por primera vez en 1983. Allí, Foucault analiza las tensiones que se verifican entre las demandas, paralelas y simultáneas, de autonomía y seguridad, que vienen realizando de forma creciente un sinnúmero de grupos e individuos. El argumento central que desarrolla en el reportaje es el de que el sistema de seguridad social heredado del Estado de Bienestar se enfrenta, por una parte, a límites y dificultades económicos evidentes. Pero por otra parte, Foucault da una vuelta de tuerca a este argumento cuando dice que, además, este sistema «encuentra hoy sus límites al enfrentarse con la racionalidad política, económica y social de las sociedades actuales» (1991d, 210).

Lamentablemente, Foucault deja abierta esta muy interesante línea del análisis (la relación entre racionalidades políticas y tecnologías de gobierno) porque luego la conversación se deriva a otros temas, como la relación directa y estrecha que se da entre seguridad y dependencia, y cómo se contrapone esto con las crecientes demandas de autonomía de los sujetos.

En cualquier caso, lo que me interesa subrayar de esta entrevista es esa tensión (o desacoplamiento) que marca Foucault entre una prácticas heredadas del pasado y unas racionalidades políticas que ya no le resultan armónicas, o al revés, unas racionalidades políticas que no encuentran su encarnación en unas prácticas.¹⁴ Para Foucault, en resumen, esta suerte de desacoplamiento en la combinatoria entre tecnologías y racionalidades políticas es un síntoma evidente de una crisis terminal de un modo de gobernar el presente, una crisis muy profunda de la que ya no habría camino de vuelta.¹⁵

El tercer texto que quiero considerar (una conferencia en Kioto, Japón, en 1978) tiene el sugerente título de «La sociedad disciplinaria en crisis». Servirá como ilustración adicional de esta imagen foucaultiana de la crisis de los modos de gobernar el presente y de la transición hacia un orden diferente. Allí, su sentencia es terminante: «La disciplina, que era tan eficaz para mantener el poder, ha perdido una parte de su eficacia. En los países industrializados, las disciplinas entran en crisis» (1994c, 532).

Puesto que Foucault postula una crisis de las disciplinas, la pregunta obligada (y que efectivamente le hacen sus interlocutores japoneses) es la de qué podría suceder después de esta crisis, y además, si es posible la emergencia de una sociedad de nuevo tipo. La respuesta de Foucault vuelve a ser incisi-

¹³ El concepto de «control» se relaciona con teorías cibernéticas y no, como suele pensarse, con teorías sociológicas del «control social». En mi tesis doctoral me dediqué de lleno a la problemática de la transición de un orden disciplinario a una sociedad del control, de carácter post-disciplinario (1997). He desarrollado este tema también en (1998b).

¹⁴ Cuando en el apartado 4 se consideren las especificidades del neoliberalismo se intentará ver de qué manera se «resuelven» contemporáneamente estas tensiones o desacoplamientos entre tecnologías y racionalidades.

¹⁵ En lo referente a la crisis de gobierno en un campo empírico diferente (el del sistema de justicia) merece la pena verse también Foucault (1994g, 755ss).

va: «En los últimos años, la sociedad ha cambiado y los individuos también; ellos son cada vez más diversos, diferentes e independientes. Hay cada vez más categorías de gentes que no están sujetas a la disciplina, de modo que estamos obligados a pensar en el desarrollo de una sociedad sin disciplina. La clase dirigente está siempre impregnada de la vieja técnica. Pero es evidente que debemos separarnos en el futuro de la sociedad disciplinaria de hoy» (1994c, 533).

Luego retoma sus habituales diatribas contra la reificación del poder del Estado que suele hacerse en las ciencias humanas, reivindicando consecuentemente un análisis ascendente del poder, y vuelve a considerar el nuevo tipo de relación que se establece, en esta transición hacia un orden post-disciplinario, entre el poder y el saber.

El cuarto y último texto que traigo a la discusión es una conversación que Foucault mantuvo con el periodista italiano Duccio Trombadori a finales de 1978. Allí vuelve a hablar de una «crisis de gobierno» como signo distintivo del presente. «Por gobierno entiendo el ensamble de instituciones y prácticas a través de las cuales se conduce a los hombres, desde la administración a la educación. Es este ensamble de procedimientos, de técnicas, de métodos que garantizan la conducción de unos hombres por otros, lo que me parece, hoy, estar en crisis, tanto en el mundo occidental como en el mundo socialista» (1994b, 93). Y agrega: «Me parece que nos encontramos en el punto de partida de una gran crisis de reevaluación del problema del gobierno» (1994b, 94).

De una manera muy enfática, Foucault compara nuestra contemporaneidad con la época de fines del medioevo, entre los siglos xv y xvi, cuando se produjo en Europa una reorganización total de la cuestión del «gobierno» (1994b, 94). Esto pone de manifiesto la importancia que Foucault le atribuía a esta mutación contemporánea de la cuestión del gobierno, pese a que nunca haya entrado a analizarla en gran detalle y a problematizarla como tal.

A diferencia del primero de los cuatro textos considerados, en este último Foucault cree necesario no enfocar primariamente al Estado, analizando lo que él hace o deja de hacer, sino que debe atenderse a las nuevas formas que asumen las resistencias frente a esta crisis de gobierno. Para Foucault, si las resistencias asumen nuevas formas, eso tiene que ver con el hecho indiscutible de que las modalidades del ejercicio del poder han cambiado.

Tomadas en su conjunto, todas estas intervenciones foucaultianas nos permiten recoger dos tesis importantes. Una tesis es *política*: en cualquier caso, Foucault verifica una pérdida de peso de las prácticas de disciplinamiento social para la existencia de las sociedades liberal-capitalistas de su época. En tanto a comienzos de los años setenta todavía advertía acerca de una generalización y expansión de las disciplinas, ya a finales de los años setenta y en los ochenta, Foucault va a hablar cada vez más (y casi exclusivamente) de «sociedades de seguridad». La otra tesis es *histórica*: más que de la abolición definitiva de viejas técnicas de poder, o de una mera incorporación de nuevos mecanismos de poder, se trata de una modificación, que por una parte atañe a los mecanismos mismos, pero que también se refiere a la relación que ellos mantienen entre sí (Lemke, 1997, 191-192).

Si Foucault percibió la magnitud de las transformaciones en el preciso momento en que ellas estaban empezando a despuntar, los anglofoucaultianos, en cambio, años más tarde, verán ya todos estos grandes cambios en pleno despliegue, muchos de ellos ya totalmente desarrollados, como una realidad ya cristalizada y que parecería que se presenta —a primera vista— como una facticidad objetiva verdaderamente incontestable.

2. Gobierno y gubernamentalidad

¿Pero qué es este «gobierno» del que vengo hablando desde el comienzo de este texto y que parecería que se encuentra atravesando una profunda crisis? ¿Por qué incorporar un nuevo concepto cuando ya disponíamos del de poder? ¿Qué son estas «racionalidades políticas» y estas «tecnologías de gobierno»? ¿Cómo se relacionan ambas instancias entre sí? Dedicaré éste y el siguiente apartado a clarificar estas cuestiones.

Ninguna de las obras mayores de Foucault desarrolla en detalle y en profundidad el tema del gobierno y la gubernamentalidad. No existe un verdadero «tratado» de la gubernamentalidad al nivel de lo que fue *Vigilar y Castigar* para el disciplinamiento y la sociedad disciplinaria. La reflexión foucaultiana sobre esta problemática sólo podrá seguirse entonces a partir de la reconstrucción de fragmentos dispersos de su obra.

Más que en sus libros, entonces, Foucault desarrolló extensamente esta temática especialmente en sus cursos de 1977-78, 1978-1979, y en menor medida en 1979-1980, en el Collège de France. Estos cursos llevaron, respectivamente, los siguientes títulos: «Seguridad, territorio y población», «El nacimiento de la biopolítica» y «Del gobierno de los hombres» (Foucault, 1989).¹⁶ Una de la clases de enero de 1978 es la que más famosa habría de hacerse. Lleva por título «La Gubernamentalidad».¹⁷ El material completo de todas las clases (que no sólo incluían las intervenciones orales de Foucault, sino también las de otros colaboradores y colegas invitados) permanece aún sin publicar, ni en francés ni en otras lenguas. Sólo existen algunas grabaciones magnetofónicas, apuntes de clase tomados por el mismo Foucault y publicaciones aisladas de algunas conferencias hechas a partir de notas del público asistente a las mismas. De allí se explica que muy pocos investigadores hayan podido trabajar estos textos en detalle y ostensiblemente.¹⁸

¹⁶ El segundo de los textos mencionados se encuentra disponible también en castellano (1997).

¹⁷ Esta importante conferencia apareció publicada por primera vez en italiano (traducción de Pasquale Pasquino) en la revista *Aut Aut*, 167/8 (septiembre-diciembre de 1978). De ese texto se realizaron traducciones al inglés (en 1979) y retraducciones al francés (en 1986). En castellano apareció en 1981, gracias al valioso (y para todo el campo de habla castellana fundamental) esfuerzo intelectual de los editores de *La Piqueta*.

¹⁸ Las únicas dos excepciones que se conocen son Colin Gordon (1991), que realizó una excelente revisión general del conjunto de estas clases, y Thomas Lemke (1997), que reconstruyó con rigor y en detalle el recorrido conceptual de las mismas y especificó su lugar en el conjunto de la obra de Foucault.

Como material básico para el análisis del problema de la gubernamentalidad en Foucault deben agregarse a estas clases en el Collège de France las numerosas entrevistas y conferencias que dio, donde abordó directa o indirectamente la temática, a veces sin gran afán teorizador, sino haciendo mera referencia a debates políticos coyunturales o a campos empíricos específicos. Algunos de esos textos los he considerado sumariamente en el apartado anterior.¹⁹

Como ya se mencionó, la introducción del concepto de *gobierno* viene a refinar y a corregir el concepto de poder que Foucault venía utilizando hasta entonces. Así, sus objetivos se orientaban en un doble frente: primero, especificar una crítica de las concepciones corrientes de poder, incluida su propia concepción anterior; segundo, analizar el ámbito específico de relaciones estratégicas que se verifican entre individuos y grupos (1994d, 214).

De una manera muy esquemática, podría decirse que su modelo anterior de *poder* estaba basado en la metáfora de la guerra y en las técnicas disciplinarias (entendidas como «anatomía política del cuerpo») en instituciones de encierro (*Vigilar y Castigar*).²⁰ Con la introducción del concepto de *biopoder* (Tomo I, de la *Historia de la Sexualidad*), Foucault amplía su foco de análisis, y comienza a tematizar, junto a las técnicas disciplinarias, los mecanismos específicos de regulación de las poblaciones.²¹ Para esquematizar en términos más propiamente «sociológicos» de debate, podría decirse que Foucault desplaza entonces su mirada de contextos «micro» hacia contextos «macro» de la vida social.

La introducción de la problemática del gobierno significará un sucesivo paso correctivo, puesto que aún quedaba pendiente un análisis acerca del tipo de relación existente entre instancias «macro» e instancias «micro» del poder. En ese sentido, esto refleja su renovado interés por los procesos de subjetivación (que luego habría de profundizar y especificar en los tomos II y III, de *Historia de la Sexualidad*) y su preocupación por ver qué relaciones se manifiestan entre el gobierno de uno mismo y el gobierno de los otros. Son éstos los problemas más relevantes que se encuentran en la base de la reelaboración categorial de la que resulta el nuevo concepto de gobierno.

En un primer sentido muy amplio, el concepto foucaultiano de gobierno hace referencia a «la conducción de la conducta», a una forma de actividad

¹⁹ Debe advertirse desde ya que no puede esperarse en este contexto ninguna definición firme y acabada, ni del gobierno ni de ninguna otra cosa. Foucault no era un gran amigo de tal tipo de definiciones. Su «rigurosidad» no hay que medirla a partir del uso unívoco de los términos. Más bien hay que considerar la radicalidad de su pensamiento y las potencialidades que éste abre para continuar reflexionando críticamente, haciendo circular nuevas nociones que, al oponerse a otras nociones corrientes, entran en el ámbito de las luchas de poder-saber de los discursos de verdad.

²⁰ A su vez, ese modelo de la guerra había ya servido en su momento para realizar una profunda crítica a las nociones jurídicas del poder. Véase al respecto Foucault (1976) y diversos textos en Foucault (1992a), por ejemplo los cursos del 7 y del 14 de enero de 1976 y la entrevista titulada «Verdad y Poder».

²¹ Sobre la relación entre la disciplina del cuerpo y la regulación de las poblaciones véase, por ejemplo, Foucault (1992b, 171ss).

práctica que tiene el propósito de conformar, guiar o afectar la conducta de uno mismo y/o de otras personas.²² Esto puede por cierto involucrar acciones y relaciones de muy diferente tipo, ya que puede referirse tanto a la relación del individuo consigo mismo, como a relaciones interpersonales que involucren algún tipo de control o guía de la conducta de los demás, relaciones en el marco de instituciones y comunidades y relaciones que conciernen específicamente al ejercicio del poder político. A Foucault le interesaban de una manera especial las interconexiones entre estas diferentes formas y sentidos del gobierno (Gordon, 1991, 2-3).

Pero ésta sigue siendo todavía una definición demasiado amplia e imprecisa, puesto que los métodos, el alcance y los objetos de gobierno varían significativamente en cada caso concreto. No son fenómenos fácilmente equiparables el gobierno de uno mismo, el gobierno de otro o de otros, el gobierno de una casa, de una institución o de una nación. A Foucault le resultaba insatisfactorio no poder establecer una distinción clara —así como tampoco poder encontrar una filiación común— entre lo que usualmente se conoce como relaciones de poder en general, y las relaciones de dominación, más estables y más jerarquizadas que las primeras.²³ Para ello es que va a introducir esta noción de gobierno y la va a distinguir de otro tipo de relaciones de poder.

En el siguiente pasaje puede verse ya esa distinción en su funcionamiento: «Me parece que se deben distinguir las relaciones de poder como juegos de estrategia entre libertades (...) y los estados de dominación, a los que comúnmente se los llama poder. Y entre los dos, entre los juegos de poder y los estados de dominación, están las tecnologías gubernamentales (...). El análisis de estas técnicas es necesario, porque es a través de este género de técnicas que se establecen y se mantienen los estados de dominación. Dentro de mi análisis del poder hay tres niveles: las relaciones estratégicas, las técnicas de gobierno y los estados de dominación» (1994e, 728).

El primer tipo de relación de poder que presenta aquí Foucault es el de *juegos estratégicos entre libertades*. Para Foucault, existe una compleja relación interna entre poder y libertad.²⁴ Precisamente este énfasis sobre la figura de la «libertad» se desprende con mayor claridad de estos últimos trabajos, en comparación con los anteriores, donde se veía todavía una imagen de un sujeto más bien apresado en las mallas del poder y dotado de escaso o relativo margen de maniobra, pese a que Foucault no dejaba de postular (quizá de una manera demasiado abstracta) la plausibilidad hipotética de las resistencias, a las que entendía no como meros contrapoderes, sino como parte intrínseca, como elemento constitutivo de la propia relación de poder. Si los sujetos carrecieran absolutamente de libertad, entonces, para Foucault ya no nos encon-

²² En la presentación del curso de 1979-1980 del Collège de France, Foucault define gobierno en «el sentido amplio de técnicas y procedimientos destinados a dirigir la conducta de los hombres» (1989, 123).

²³ Cf. Hindess (1998, 103).

²⁴ Véase Foucault (1988, 239-40). Cf. ROSE/MILLER: «La autonomía personal no es la antítesis del poder político, sino un elemento fundamental en su ejercicio» (1992, 174).

trataríamos ante una relación de poder. Así, estos juegos estratégicos suponen que «el poder se ejerce sobre quienes se hallan en disposición de elegir, y su objetivo es influir en lo que elijan» (Hindess, 1998, 100). Esta idea de juegos estratégicos deja abierta —y además, potencia— la posibilidad de las resistencias, de las evasiones, de las contestaciones. Esto hace de este tipo de relaciones de poder algo realmente móvil, reversible, inestable (Foucault, 1994e, 720).

En cambio, los *estados de dominación* aluden a un tipo de relación de poder más estructurada, más estable, más institucionalizada en juegos de penalidades y coerciones, y donde el margen de maniobra de los objetos del poder se encuentra por tanto mucho más restringido que en los juegos estratégicos entre libertades. En un contexto de estados de dominación, entonces, las prácticas de libertad apenas existen o se encuentran muy limitadas (Foucault, 1994e, 711).

Todavía queda por verse el tercero de los elementos considerados más arriba, que funcionaría como elemento mediador entre los juegos estratégicos entre libertades y los estados de dominación. Creo identificar una vía de acceso a este verdadero nudo cuando Foucault sugiere que debería plantearse la cuestión de este tercer elemento, el gobierno, a dos niveles de análisis: el problema del gobierno en general y el problema del gobierno político en un sentido más restringido (Lemke, 1998, 149). La noción de gobierno girará así alrededor de tres nociones distintas pero estrechamente vinculadas entre sí: conducción de la conducta, racionalidad política y tecnología de gobierno.²⁵

La «conducción» se refiere a acciones orientadas a regular o dirigir otras acciones, a «estructurar el posible campo de acción de los otros» (Foucault, 1988, 239). Esta idea de conducción permite establecer un continuo analítico entre el gobierno de sí y el gobierno de los otros, puesto que esta «voluntad de gobernar» constituye un elemento presente en ambas instancias.²⁶ El ejercicio del gobierno supone un cierto cálculo de las opciones disponibles, y en ese sentido es menos espontáneo que los juegos estratégicos entre libertades, pero más sutil que los estados de dominación. «Alude, pues, a la regulación de la conducta a través de la aplicación más o menos racional de los medios técnicos adecuados» (Hindess, 1998, 105-6) para tal fin.

La «gubernamentalidad», a su vez, aparece tematizada por Foucault en diferentes registros. Se trata por cierto de un neologismo, compuesto por el verbo «gobernar» (o por el sustantivo «gobierno», o por el adjetivo «gubernamental») y el sustantivo «mentalidad».²⁷ Esto remite a una doble especificación, orientada a distinguir analíticamente (pero no a considerar separadamente) dos órdenes de cosas: el ámbito y el objeto del gobierno; y el tipo de mentalidad, de manera de pensar que debe usarse para gobernar.

²⁵ A la primera me he referido aquí y continuaré haciéndolo en lo que sigue, y a las dos siguientes dedicaré específicamente el siguiente apartado.

²⁶ Desde este punto de vista, el gobierno político sería un caso especial de gobierno de los otros (sobre la cuestión del gobierno político se profundizará luego).

²⁷ Los anglofoucaultianos pocas veces recuperan ese sentido de «mentalidad», y en general se refieren a *governmentality* como «*governmental rationality*». Por ejemplo, Gordon (1991, 1).

El propio texto seminal acerca de la gubernamentalidad (1991a) despliega, por su parte, un argumento histórico muy complejo: sostiene que la imagen corriente del gobierno como gobierno político de un Estado y de un territorio es una invención relativamente tardía del pensamiento político y social. La investigación historiográfica muestra que hasta el siglo XVIII se desplegaba un significado de gobierno mucho más abarcativo. Gobierno hacía referencia así a un sinnúmero de objetos y actividades: gobernar era tanto realizar movimientos en el espacio, de sí mismo y de cosas, asegurar el bienestar material, comportarse moralmente, mantener relaciones de diverso tipo (de autoridad, sexuales, verbales, etc.) consigo mismo o con otros individuos, etc. Una limitación semántica de los objetos posibles de gobierno para centrarse en su dimensión más propiamente política aconteció más tarde en la historia. De todos modos, Foucault intenta encontrar las filiaciones entre los diversos tipos de gobierno, y encuentra en todos ellos la presencia de una cierta idea de «conducción de seres humanos», ya sean individuos o colectivos.

Así llega a la noción de «gubernamentalidad», la cual es presentada en tres pasos argumentativos: uno es más empírico-sociológico, y los otros dos son más histórico-tendenciales. Presentaré aquí sumariamente los tres, pero me concentraré en el primero en el siguiente apartado.

- 1) La gubernamentalidad es un «conjunto de *instituciones, procedimientos, análisis y reflexiones*, que han permitido ejercer esta forma específica de poder (el gobierno, P. de M.) que tiene por blanco la población, por forma principal de saber la economía política, y por instrumentos técnicos esenciales los dispositivos de seguridad» (1991a, 25).
- 2) La gubernamentalidad es también la *tendencia*, que se ha dado en Occidente, y que ha conducido al predominio del gobierno por sobre otras formas de poder (soberanía, disciplina, etc.), y que se ha cristalizado en aparatos de gobierno y en un conjunto de saberes (1991a, 25).
- 3) El proceso por el cual se ha ido «gubernamentalizando» el Estado (1991a, 25)

El tercero de los pasos argumentativos me permitirá ahora desarrollar sumariamente la perspectiva de la gubernamentalidad en referencia al problema del Estado. En las propias palabras de Foucault, «Las formas y las situaciones de gobierno de unos hombres por otros en una sociedad dada son múltiples; se superponen, se entrecruzan, se limitan y a veces se anulan, otras se refuerzan. Es un hecho indudable que el Estado en las sociedades contemporáneas no es sólo una de las formas o uno de los lugares —aunque fuera el más importante— de ejercicio del poder, sino que de cierta manera todas las otras formas de relación de poder se refieren a él. Pero no es porque cada uno se derive de él. Es más bien porque se ha producido una estatización continua de las relaciones de poder (si bien no adquirió la misma forma en el orden pedagógico, judicial, económico, familiar). Haciendo referencia aquí al sentido restringido de la palabra *gobierno*, podría decirse que las relaciones de poder se gubernamentalizaron progresivamente, es decir, se elaboraron, racio-

nalizaron, centralizaron bajo la forma o bajo los auspicios de instituciones estatales» (Foucault, 1988, 242).²⁸

Sería erróneo, por tanto, identificar el gobierno con el ejercicio del gobierno político. Para Foucault, el «gobierno político», entendido como gobierno del Estado, es una forma de gobierno entre muchas otras.²⁹ La especificidad del trabajo foucaultiano se orienta entonces a distinguir estas formas de gobierno entre sí y a analizar sus mutuas relaciones.

Así como la gubernamentalidad no debe homologarse al gobierno político en sentido estricto, cabe aquí agregar que tampoco debe confundirse a ésta con el concepto de *governabilidad*, si bien un análisis de gubernamentalidad debería por cierto incluir una consideración sobre esta última, así como del gobierno político.³⁰ Por *governabilidad* se entiende usualmente el conjunto de condiciones a través de las cuales se garantiza una cierta estabilidad y una continuidad de las prácticas de un determinado gobierno, institución, sistema o régimen político. La *governabilidad* de una institución o de un régimen político se relaciona estrechamente con el problema de su legitimidad, y con ciertas garantías existentes para la reproducción más o menos aporosa de una estructuración dada.

Pero al enfoque de la gubernamentalidad no le atañe (como dato fundamental) la legitimidad del poder, puesto que, para Foucault, más que un derecho del que se dispone, el gobierno expresa una posibilidad fáctica de influir sobre otros y sobre sí mismo, de producir efectos de realidad. Por eso, a estos estudios sobre la gubernamentalidad les interesa más bien el ejercicio real, material, el *cómo* del poder,³¹ codificado y expresado por racionalidades políticas y desplegado y efectivizado en tecnologías de gobierno.

3. Dos dimensiones del análisis de la gubernamentalidad

La literatura sobre gubernamentalidad no se deja localizar fácilmente según los cánones de la (sorprendentemente aún bastante vigente) división del trabajo intelectual. Su «analítica» general debería por tanto localizarse en algún lugar intersticial, entre una historia de las ideas políticas y una sociología de

²⁸ Más que «el Estado» haya dado lugar al gobierno, el Estado se vuelve una forma particular que ha tomado el gobierno (Miller/Rose, 1990, 3).

²⁹ O como menciona Pasquino: «el Estado no significa el sitio o la fuente del poder, el gran adversario al que hay que destruir, sino más bien un instrumento entre otros, y una modalidad de "gobierno"» (Pasquino, 1991, 117).

³⁰ Para una discusión muy fundada acerca de las diversas traducciones que se ha dado al neologismo foucaultiano de la *gouvernementalité*, véase Veiga-Neto (1998). Si bien la discusión se lleva a cabo en relación con las traducciones que se han realizado del francés al portugués, sus implicaciones bien pueden extenderse al castellano, puesto que las dificultades y errores de interpretación en las traducciones fueron exactamente las mismas. En efecto, el término *gouvernementalité* fue a menudo erróneamente traducido como «governabilidad» (por ejemplo, en Foucault, 1996, 49). Confróntese con lo que entiende Donzelot por «governabilidad» (1991, 169ss).

³¹ «Cómo» no en el sentido de «¿Cómo se manifiesta?», sino «¿Cómo se ejerce?» y «¿qué pasa cuando los individuos ejercen (como se dice) su poder sobre otros?» (Foucault, 1988, 235).

las tecnologías de gobierno (Barry/Osborne/Rose, 1996, 2).³² Teniendo siempre presente esa dimensión primaria del gobierno como «conducción de la conducta», el análisis de la gubernamentalidad debe enfocarse simultáneamente hacia dos instancias (racionalidades políticas y tecnologías de gobierno), sin descuidar ninguna de ellas, en un movimiento continuo de ida y de vuelta, de mutua constitución y determinación más que de búsqueda deses- perada de juegos de causas y efectos.³³

3.1. Racionalidades políticas

De un modo muy esquemático, Nikolas Rose y Peter Miller definen las racionalidades políticas como campos discursivos de configuración cambiante, en cuyo marco se produce una conceptualización del ejercicio del poder. Estos autores, como otros anglofoucaultianos, parten de una noción no homogénea de autoridad, que en realidad deriva del mismo Foucault. Esto implica un enfoque no centrado exclusivamente en las autoridades propiamente «políticas», sino atendiendo a la multiplicidad de ámbitos en los que puede ejercerse el poder, y otorgándoles a todos ellos una equivalente (no igual pero sí análoga) importancia analítica. En ese sentido, esta operación de racionalización del poder la pueden llevar a cabo varios tipos de autoridades, a muy diferentes niveles de la conducta.

Así, un análisis de las racionalidades políticas podrá incluir varios aspectos: las diversas justificaciones morales de los modos particulares de ejercer el poder por parte de los diferentes tipos de autoridades; las nociones sobre las formas apropiadas, los objetos y los límites de la política, y las concepciones sobre la correcta distribución de estas tareas entre las diferentes autoridades, ya sean seculares, espirituales, militares, familiares, pedagógicas, etc. (Rose/Miller, 1992, 175).³⁴

Las racionalidades políticas se enfrentan, dicho de un modo muy general, con la compleja temática de saber quién puede gobernar, qué es gobernar, qué o quién es gobernado. Como puede verse, este enfoque continúa en la línea de las preguntas por el «cómo» del gobierno, más que en la definición de su supuesta esencia o naturaleza. Ese «cómo» tiene más que ver con un «a través de qué medios se ejerce» que con un «cómo se manifiesta».³⁵

El concepto de racionalidad puede prestarse por cierto a interpretaciones muy disímiles, puesto que se trata de una noción que atraviesa casi toda la historia del pensamiento filosófico y social moderno y se encuentra conse-

³² Cf. O'MALLEY/WEIR/SHEARING: «El concepto de gubernamentalidad fue diseñado para constituir un nivel explicativo de alcance medio entre la historia de la filosofía política y un estudio empírico de las relaciones sociales» (1997, 504).

³³ «Nada es fundamental. Eso es lo que es interesante en el análisis de la sociedad (...). Sólo existen relaciones recíprocas, y los continuos desfases entre las intenciones de unos y otros» (Foucault, 1984, 247). «Lo que es interesante es siempre la interconexión, no la primacía de esto sobre aquello, que nunca tiene ningún sentido» (Foucault, 1984, 254).

³⁴ Véase también Rose/Miller (1992, 179ss).

³⁵ Véase más arriba, nota 31.

cuentemente cargada de fuertes valoraciones normativas. En ese sentido, cabe aclarar que las racionalidades políticas de las que aquí se habla son racionalidades preponderantemente prácticas, orientadas a resolver los problemas mundanos que se les presentan a los sujetos que intervienen en cada ejercicio concreto de poder. Nada hay allí de un concepto de racionalización como constante antropológica (Foucault, 1991b, 79) o como proceso de despliegue uniforme, que todo lo abarca y todo lo recubre.⁴⁶ Este concepto de racionalidad no tiene, entonces, un gran valor normativo, asociado a una «Razón» en mayúsculas y en singular, sino que tiene un significado meramente relativo a determinadas prácticas históricas: se trata de una forma de concordancia de reglas, formas de pensar, procedimientos tácticos, con un conjunto de otras condiciones, bajo las cuales, en un determinado momento, resulta posible percibir algo como un «problema», tematizarlo como tal y generar alternativas prácticas de resolución del mismo, aún pese a las resistencias que precisamente esto pueda generar por parte de otros actores.

Estas mismas racionalidades van desarrollando en el transcurso de su despliegue una coherencia práctica, pero no la tienen desde el principio mismo de su aplicación (bajo el supuesto de que este principio pudiera ser de algún modo localizado y aislado concretamente en el tiempo y en el espacio). El proceso de despliegue de estas racionalidades políticas prácticas lo explica David Garland con gran claridad: unas racionalidades específicas se constituyen a partir del éxito de determinadas modalidades de resolver problemas de la práctica social (y consecuentemente a partir del fracaso de otras); ellas, luego, se vuelven ejemplares y son imitadas y aplicadas por analogía. «Los actores que desarrollan estos modos de pensar y actuar rara vez las articulan en forma coherente. Más bien, ellas se vuelven hábitos (...) que sólo más tarde se articulan en un marco explícito» (1997, 207, nota 10).

En resumen, las racionalidades políticas no constituyen meramente una moral (aunque se encuentran teñidas de valores morales y están atravesadas por ellos), no se reducen a un saber (aunque se fundan en numerosos saberes, tanto locales y situativos como globales y abarcadores), no son meras codificaciones de lenguaje (aunque sólo se vuelven pensables a través del lenguaje).⁴⁷ Son mucho más que meras ideologías, más bien «ellas constituyen una parte de la trama de nuestros modos de pensar y actuar sobre otros y sobre nosotros mismos» (Barry/Osborne/Rose, 1996, 7).

Las racionalidades políticas a las que Foucault prestó mayor atención en sus cursos del Collège de France fueron las de la *Polizeiwissenschaft* (o «ciencia de la policía»), así como diversas formas tempranas del liberalismo y finalmente algunas versiones del neoliberalismo. Otros autores, en cambio, han puesto más el acento en las racionalidades vinculadas al Estado Providencia, a las que llamaron racionalidades welfaristas o keynesianas. No puedo aquí

⁴⁶ Honneth acusa a Foucault de postular un concepto tal de racionalidad (1990, 83). Sin embargo: «Podría ser prudente no tomar como un todo la racionalización de la sociedad o de la cultura, sino analizar este proceso en diversos campos (...). Pienso que la palabra "racionalización" es peligrosa. Lo que tenemos que hacer es analizar racionalidades específicas, en lugar de invocar siempre el progreso de la racionalización en general» (Foucault, 1988, 229).

⁴⁷ Cf. Rose/Miller (1992, 179).

desarrollar estos temas en detalle, pero sí quiero mencionar el esfuerzo genealógico presente en estos planteamientos. Desde esta perspectiva, la historia no se caracteriza por registrar una sucesión de racionalidades que se reemplazan unas a otras, sino más bien como una serie o sucesión de modos de problematización diferentes, que «avanzan» sólo en la forma de rupturas y fisuras, y que en determinado momento histórico se vuelven dominantes. A la hora de evaluar la racionalidad política dominante en la contemporaneidad, el neoliberalismo, se comprenderá la importancia y la necesidad de estas genealogías.

3.2. Tecnologías de gobierno

«If political rationalities render reality into the domain of thought (...) “technologies of government” seek to translate thought into the domain of reality, and to establish “in the world of persons and things” spaces and devices for acting upon those entities of which they dream and scheme» (Miller/Rose, 1990, 8).

El análisis de tecnologías de gobierno nos remite directamente a un enfoque de «microfísica del poder», quizá más conocido por la recepción de momentos anteriores del trabajo de Foucault: ya no se trata de grandes esquemas políticos de conjunto, ni de codificaciones ideológicas, ni de racionalizaciones ni sistematizaciones, sino de mecanismos prácticos y reales, locales y aparentemente nimios, a través de los cuales los diversos tipos de autoridades pretenden conformar, normalizar, guiar, instrumentalizar las ambiciones, aspiraciones, pensamientos y acciones de los otros, a los efectos de lograr los fines que ellas consideran deseables (Miller/Rose, 1990, 8). Se trata, entonces, de los «inocentes» mecanismos, ritualizados, banalizados, casi naturalizados por su aplicación habitual en la práctica cotidiana, a través de los cuales las autoridades buscan «instanciar» la práctica de gobierno.

Numerosos ejemplos pueden mencionarse en este contexto: técnicas de notación, de cómputo y cálculo, procedimientos de examen y evaluación, la invención de dispositivos tales como informes y de modos de presentar la información tales como tablas, la estandarización de los sistemas de entrenamiento y la inculcación de hábitos, la introducción de profesionalismos y vocabularios técnicos, los diseños de edificios y de formas arquitectónicas, etc. Como se ve, la lista es muy heterogénea y en principio puede ser ilimitada. (Rose/Miller, 1992, 183).

La noción de tecnología apunta, en resumen, a los procedimientos prácticos por los cuales el saber se inscribe en el ejercicio práctico del poder, la autoridad y el dominio. Como bien lo resume Mitchell Dean, «el concepto de tecnología de gobierno plantea la relación entre formas de saber y ciertas actividades prácticas y técnicas (por ejemplo, aquellas involucradas en la dirección de la conducta humana, la formación de capacidades y el modelado de personas, ciudadanos y entidades colectivas)» (Dean, 1996, 51).

Este concepto de «tecnología» no deja de ser controvertido, puesto que estamos hablando, en definitiva, de diversas formas que pueden revestir y asu-

mir las relaciones *sociales*. Sin embargo, este concepto resulta útil porque permite incluir en el seno mismo de estas relaciones la importante participación de agentes no humanos, como por ejemplo artefactos técnicos y aparatos de registro e inscripción, que juegan por cierto un papel fundamental en la construcción y en la conducción de sujetos.³⁸

Pese a la reminiscencia «tecnológica» que despiertan las «tecnologías de gobierno», existen grandes diferencias entre éstas y las tecnologías de producción. Como ya se vio, en las tecnologías de gobierno interviene siempre un elemento de cálculo, de previsión, y se orientan a producir unos efectos determinados en la conducta de los otros. Sin embargo, se hallan mucho más sometidas a contingencias que lo que lo están las tecnologías de producción, que aspiran por su parte a producir objetos materiales completamente ordenados (Dean, 1996, 61).

Por una parte, las tecnologías de gobierno son «de gobierno», y con ello quiere decirse que están animadas por intenciones de dirigir, moldear, modular y modular la conducta de otros. Pero también por ello están sometidas a las resistencias de aquellos sobre quienes se aplican, y en ese sentido es que más arriba hablaba de la contingencia como rasgo inmanente de las tecnologías de gobierno.

Por otra parte, las tecnologías de gobierno son «tecnologías». Aquí vendría recordar la distinción que establece Foucault entre diversos tipos de tecnologías: 1) de producción, 2) de sistemas de signos, 3) de poder, 4) del yo. El «contacto entre las tecnologías de dominación de los demás y las referidas a uno mismo es lo que llamo gobernabilidad» (1996, 49).³⁹ Sin embargo, subyace a todas estas diversas tecnologías una noción común, de ciertos pasos sucesivos en un despliegue, pero que no son lineales: primero, las tecnologías son lanzadas a un campo para ser experimentadas a modo de ensayo; luego, sobre la base de analizar la resistencia del «material», éstas se perfeccionan, se les pulen sus defectos, y luego se las vuelve a lanzar al campo de las prácticas sociales, y así sucesivamente, en un proceso que reviste una cierta circularidad.

3.3. Las relaciones entre las racionalidades políticas y las tecnologías de gobierno

En cada situación histórica se combinan las racionalidades políticas y las tecnologías de gobierno de una manera particular. No existe entonces «la» gubernamentalidad, percibida de manera abstracta o general, sino sólo *gubernamentalidades*, modalidades diferentes de encastre de ambas instancias analíticas, estando siempre presente esa dimensión de «conducción de la conducta» que es propia del gobierno.

³⁸ Sobre lo que tienen de «tecnológico» las tecnologías de gobierno véase el interesante trabajo de Mitchell Dean (1996).

³⁹ Evidentemente, «governabilidad» se encuentra aquí mal traducido. Por lo tanto, debe leerse «gubernamentalidad» en este pasaje. Véase más arriba, nota 30.

En la literatura sobre gubernamentalidad suele tematizarse la vinculación entre estas dos instancias de muy diferentes maneras. Sin embargo, se suele coincidir también en no otorgarle a ninguna de ellas una primacía epistemológica sobre la otra, sino en apelar siempre a un análisis de las «intrincadas interdependencias» (Rose/Miller, 1992, 175f), a una evaluación o escrutinio de un «conjunto de vinculaciones» (Dean, 1996, 50) entre, por una parte, unas formas más o menos estructuradas y organizadas de pensamiento y saber, y unas prácticas, tácticas, técnicas, dispositivos, mecanismos orientados a modelar la conducta, por la otra. Si bien apela al análisis microfísico de cada configuración concreta, el planteamiento de gubernamentalidad no deja de ser holista: estas redes múltiples y delicadas de saberes y poderes «conectan las vidas de los individuos, grupos y organizaciones con las aspiraciones de las autoridades en las democracias liberales avanzadas del presente» (Rose/Miller, 1992, 175f).

No puedo desarrollar aquí una crítica detallada a algunas interpretaciones realizadas en el marco del *mainstream* anglofoucaultiano.¹⁰ Sin embargo, me interesa aquí sólo mencionar que, de maneras que no siempre resultan convincentes, los anglofoucaultianos intentan alejarse de una imagen que presenta esta relación como un caso de mera utilización-implantación de esquemas ideales (racionalidades) en la realidad del poder (tecnologías) (Miller/Rose, 1990, 9). Más bien tienden a postular la necesidad de un análisis de los ensamblajes de las diversas fuerzas (legales, arquitectónicas, profesionales, administrativas, financieras, de justicia, etc.), que intervienen en cada situación de poder. Sin embargo, también sostienen que es a través de tecnologías políticas que las racionalidades políticas y los programas de gobierno que ellas articulan pueden desplegarse (Miller/Rose, 1990, 8; Rose/Miller, 1992, 183). Por otra parte, reniegan de la necesidad de desarrollar una sociología empírica, que tendría por tarea el relevamiento fáctico de las técnicas de poder realmente existentes (Gordon, 1991, 8). Sostienen que se trata de ver, en cualquier caso, la compleja red de relaciones que se establece entre «programa» y «realidad». El caso es que muchas veces algunos anglofoucaultianos terminan otorgándole a la programática gubernamental algún tipo de primacía, lo cual resulta en una visión bastante burocrática de la realidad social, relativamente ciega a la contingencia y a la eventualidad de emergencia de prácticas de resistencia. En este aspecto, sigo en líneas generales el planteamiento de Garland (1997), que critica a algunos anglofoucaultianos porque tienden a descuidar el escrutinio concreto de las constelaciones empíricas y parten de un concepto sumamente abstracto de las racionalidades de gobierno.¹¹

¹⁰ Para ello remito a algunos análisis hechos «desde adentro» del enfoque de gubernamentalidad: por ejemplo, Valverde (1996), O'Malley/Weir/Shearing (1997). Véase también Garland (1997), que desde la criminología y la sociología histórica del control social intenta apropiarse selectivamente de este enfoque. Véase también mi propia contribución crítica (1998b). También puede resultar instructiva la crítica decididamente «desde afuera» que realiza Frankel (1997).

¹¹ «...tiene poco sentido analizar entidades abstractas sin pasar a analizar cómo ellas realmente funcionan en contexto» (Garland, 1997, 200). «... una efectiva historia del presente tiene que ir más allá de la reconstrucción de racionalidades abstractas, e indagar acerca de los modos por los cuales las racionalidades y las tecnologías de gobierno se instancian en las prácticas reales y en los discursos que constituyen el campo» (Garland, 1997, 204).

4. Un caso especial de relación entre racionalidades y tecnologías (apuntes para repensar el neoliberalismo)

En el primer apartado de este texto ya se había avanzado someramente la problemática de la crisis del Estado Providencia como modalidad dominante de gobierno de lo social, así como la paralela activación de racionalidades políticas y de tecnologías de gobierno que en su conjunto recibieron la denominación de «neoliberales».⁴² El enfoque general de la gubernamentalidad que he desarrollado hasta aquí debería aportar algunos elementos para reflexionar acerca del neoliberalismo desde nuevos ángulos de análisis.

Foucault mismo dedicó al análisis de algunos planteamientos neoliberales parte de sus clases en el Collège de France, sobre todo en 1979.⁴³ A Foucault le llamaba poderosamente la atención el hecho de que discursos formulados hace 30 ó 40 años, y que durante décadas ocuparon un lugar bastante marginal (por decirlo así) en el acervo de saberes de las élites políticas e intelectuales, hayan experimentado en los últimos años una suerte de reactivación o resurrección. Por otra parte, otro objeto de interés para Foucault era la emergencia de una especie de encarnación de estos principios neoliberales en unas prácticas de nuevo tipo, que se venían superponiendo y lentamente venían desplazando a las prácticas propias de la era del Estado Providencia. En suma, Foucault conceptualizaba el avance de las políticas neoliberales en Europa y Norteamérica como un síntoma y a la vez como una respuesta a la crisis (política, económica y social) de los dispositivos generales de gobierno.

Precisamente, el análisis de esa incardinación de discursos y prácticas de gobierno fue la tarea que retomaron los anglofoucaultianos, varios años luego de la muerte de Foucault. En ese sentido, resulta evidente que el alcance de los fenómenos bajo escrutinio es bien diferente en cada caso: mientras Foucault apenas alcanzó a esbozar los rasgos de la crisis del welfarismo y a entrever la emergencia de una situación nueva, la elaboración neofoucaultiana se encontrará ya ante hechos más o menos consumados, ante el establecimiento de un complejo de racionalidades y tecnologías de tipo neoliberal que parece incontestable, ya no sólo en el llamado Primer Mundo, sino en todo el mundo.

Como racionalidad política, el welfarismo estaba animado en líneas generales por un deseo ferviente de estimular el crecimiento nacional y el bienestar general a través de la promoción de la ciudadanía social, la responsabilidad social y la socialización de los riesgos (Rose/Miller, 1992, 192). El neoliberalismo vendrá a romper con el welfarismo a varios niveles: al nivel de las moralidades implicadas, de las explicaciones utilizadas y de los vocabularios vigentes (Rose/Miller, 1992, 198).

⁴² Algunos anglofoucaultianos prefieren hablar de «liberalismo avanzado» en vez de neoliberalismo. Las posibles razones de tal decisión de nomenclatura, así como las importantes implicaciones que ellas tendrían, no puedo desarrollarlas aquí.

⁴³ Especialmente consideradas por Foucault fueron las versiones alemana (los intelectuales agrupados alrededor de la Revista *Ordo*) y estadounidense (la primera Escuela de Chicago) de la primera generación de pensamiento neoliberal, en la segunda posguerra mundial.

Sin embargo, sería «un error ver al neoliberalismo como una simple respuesta política negativa al welfarismo o corporativismo de las décadas anteriores» (Barry/Osborne/Rose, 1996, 11). Lo que en una crítica superficial al neoliberalismo se ve como una simple «retirada» del Estado de funciones que anteriormente le habían correspondido (forma de la crítica muy a menudo presente en ciertas izquierdas), en realidad debe verse como una técnica positiva de gobierno. Aquí el adjetivo «positiva» no se está utilizando en un sentido valorativo de «buena» o «loable», sino en un sentido estratégico, que realiza la activa intervención que el Estado todavía sigue realizando, así como la reconfiguración que experimenta la relación entre instancias estatales y no-estatales, entre lo público y lo privado.

Lo que se manifiesta, entonces, no revela ni una omisión ni una simple retirada, sino más bien se trata de una autonomización del Estado de otras numerosas entidades de gobierno, con las que sin embargo permanece vinculado a través de una compleja cadena de relaciones, responsabilizaciones, «empowerment» de diferentes sectores y agencias distantes del centro estatal, mecanismos indirectos por los cuales se produce una nueva alineación de la conducta personal, social y económica con objetivos socio-políticos de más amplio espectro (Miller/Rose, 1990, 2).¹¹

Las grandes transformaciones en juego podrían resumirse diciendo, de manera esquemática, que la flexible figura del mercado transnacional reemplaza a la rígida planificación estatal de la economía nacional; las viejas responsabilidades sociales welfaristas se trastocan y se recodifican en formas mercantilizadas, crecientemente de-socializadas, de previsión individual y familiar; simultáneamente, se inyecta en los sujetos una conducta empresarial que debe reemplazar la «pasividad» y la «dependencia» propias de una época pasada, cuando las solidaridades y las responsabilidades colectivas, a la vez que daban importantes garantías y reducían con ello las incertidumbres existenciales, le quitaban peso a la autonomía personal.¹²

Así, si en el neoliberalismo se produce una importante recodificación del lugar del Estado, también se redefine el lugar del sujeto. Ésta es precisamente una de las ventajas operativas del análisis en términos de gubernamentalidad: permite ver las yuxtaposiciones, los vínculos, los entrecruzamientos, las traducciones, las alianzas y los roces entre el gobierno de la sociedad y el gobierno de la conducta individual, también cuando se viene manifestando una renovada mediación comunitaria. En ese contexto, es de suponerse que si se altera fundamentalmente la relación entre Estado e instituciones particulares, entre lo público y lo privado, si se reactivan a nivel general los principios de mercado, eficiencia y competitividad para los intercambios y la gestión económica, al tiempo que se devalúan o reconfiguran nociones más «sociales»

¹¹ Esto es lo que Rose, Miller y otros anglofoucaultianos tematizan como «gobierno a la distancia», una compleja noción elaborada a partir de variaciones de desarrollos conceptuales de los sociólogos de la ciencia Bruno Latour y Michel Callon. Un primer desarrollo de esta noción, así como de la noción cercana de «traducción», se encuentra en Miller/Rose (1990, 9ss) y luego se irá afinando en sucesivos textos. Véase, por ejemplo, Rose (1997, 33).

¹² Cf. Rose/Miller, 1992, 198.

como solidaridad y pertenencia (nacional, clasista, etc.), es lógico que algo deba «hacerse» también al nivel del sujeto.

En este aspecto, sería erróneo ver en el nuevo sujeto construido y estimulado por el neoliberalismo una simple reedición del viejo *homo economicus* de la teoría económica clásica. El nuevo sujeto no es un mero calculador de sus intervenciones en términos puramente utilitaristas. Más bien se trata de un *homo prudens*, sostiene Pat O'Malley (1996). En el marco de la instalación de un régimen de «nuevo prudencialismo»,⁴⁶ el *homo prudens* buscará en el mercado (y podrá encontrar, en concordancia con su específica capacidad de adquisición de bienes y servicios) las variadas ofertas disponibles para satisfacer sus necesidades vitales de seguridad, placer y bienestar personal y existencial. Pero en ello, el *homo prudens* no estará totalmente solo, o en el limitado marco de sus afectos familiares más cercanos. También inaugurará modos defensivos, de repliegue de posiciones, para una suerte de pertrechamiento en el seno de la comunidad más cercana a su experiencia. También desarrollará modos de agregación comunitarios que no sólo son reactivos, sino que también poseen un sentido positivo de reafirmación de nuevas identidades.

En el neoliberalismo, por tanto, tiene lugar una importante reactivación del viejo concepto sociológico de *Gemeinschaft*, de comunidad. Se habla de reactivación porque en la contemporaneidad parecería manifestarse un renovado énfasis sobre los contextos micro-morales de la experiencia, en desmedro de los ahora cada vez más percibidos como distantes, abstractos y vacíos conceptos de ciudadanía social o de pertenencia nacional. La suposición de la sociología clásica de que la *Gesellschaft* (y con ella la intensificación de los intercambios económicos y de las acciones racionales con arreglo a fines) terminaría dominando, deglutiendo, los contextos «calientes» de interacción cercana, cara a cara, y comprometida afectivamente, no se ha verificado en la realidad. La comunidad goza por cierto de muy buena salud: las racionalidades políticas contemporáneas no dejan de hablar de competitividad, de éxito, de asunción de responsabilidades y de nuevo prudencialismo, pero lo hacen abandonando un lenguaje «social» y se dirigen crecientemente a las comunidades, apelan a ellas de manera creciente, como modalidades predominantes de agregación. En tanto se desprenden cada vez con mayor énfasis de un cierto «punto de vista social», las tecnologías de gobierno tienden crecientemente a gobernar a través de la comunidad, «a través de la instrumentalización de lealtades personales y de activas responsabilidades» (Rose, 1996, 332).⁴⁷

Así, en el seno de esta reactivación comunitaria, el sujeto es permanentemente estimulado positivamente a responsabilizarse, a ser activo y a tomar su destino en sus propias manos, tanto sea para contratar un servicio de salud,

⁴⁶ Muy diferente por cierto al importante elemento de previsión de riesgos presente en los enclaves e instituciones solidarias, como podía verse en las viejas organizaciones sindicales.

⁴⁷ Este tema es de gran calado y no puedo profundizarlo aquí. Para ver la mejor reseña acerca de las recientes implicaciones de la comunidad como nuevo territorio de gobierno, y sus efectos en la disolución del «punto de vista social» de la ciudadanía social y de una matriz unificadora de solidaridad y lealtad, remito a Rose (1996).

acceder a una vivienda, buscarse un empleo, proveerse de seguridad física para sí y su familia, modificar sus hábitos dietarios y practicar y preservar un determinado estilo de vida. No sólo es la empresa la que domina las actividades propiamente económicas, no sólo las actividades no necesariamente económicas se gestionan cada vez más como empresas, sino que la conducción de la propia conducta se ha vuelto una empresa. Con ello se refuerza además la representación de que nadie puede saber mejor que uno mismo cómo deben atenderse los propios negocios.⁴⁸

Incluso en las actividades más supuestamente «sociales» que todavía siguen realizándose, como los llamados «programas de combate a la pobreza», mientras que se llama a romper con una «apatía» generada por la «dadivosidad» welfarista, también se apela a las capacidades autorreguladoras de los individuos y las comunidades: la «participación» de los mismos gobernados (una participación que a veces se restringe meramente a la gestión «activa» y «responsable» de su propia miseria) se inscribe con mayúsculas en estos programas. El Estado Providencia era un permanente, perseverante, incansable productor de energía social. Además de producirlos, condensaba los flujos de energía de las fuerzas sociales y los codificaba en una misma matriz de solidaridad colectiva.⁴⁹ En el neoliberalismo, por el contrario, se procura la economización más efectiva posible de los medios de gobierno,⁵⁰ y se trata entonces de gobernar contando con la mayor cantidad posible de la energía que para su propio gobierno aporten los gobernados mismos. Una teoría social crítica debería estar en condiciones de observar si estas nuevas modalidades de gobierno de la vida social y de la conducta individual, al tiempo que abren posibilidades «reflexivas» y «creativas» para la intervención del sujeto en la gestión de sus propias opciones vitales, no estarán inaugurando nuevos regímenes de sujeciones, nuevas heteronomías, quizá mucho más difíciles de identificar que la más que evidente «generosidad» del Estado Providencia y las redes de «clientelismo» que él generaba.⁵¹

En este contexto de tan profundas transformaciones del gobierno de la vida individual y colectiva, cabría hacerse la importante pregunta acerca de si podemos seguir pensando la «sociedad» o «lo social» tal como hasta ahora, o

⁴⁸ El hecho significativo de que ha surgido además toda una plétora de «expertos en el cuidado de sí» (también esta nueva relación entre expertos y sus clientelas es un signo distintivo y fundamental del presente) está aquí fuera de toda discusión. Véase sobre este tema Rose (1993), en un texto que luego fue reelaborado (1997).

⁴⁹ No discutiré aquí el hecho evidente de que siempre hubo sectores o fragmentos de población refractarios que caían por fuera de este masivo modelo de inclusión inherente al Estado Benefactor. Pero la tendencia global era decididamente inclusiva, y los discursos y las prácticas no hacían más que reflejarla.

⁵⁰ «El gobierno económico debe ser de-socializado en el nombre de la maximización del comportamiento empresarial del individuo» (Rose, 1996, 340).

⁵¹ Sobre las aporías de la «participación» y la generación de nuevas heteronomías que ella implica, véase el interesante trabajo de Ana Rosa Pratesi (1998), con importante información empírica de primera mano sobre un programa de política social en Argentina. En una línea temática similar pero orientada a México y asumiendo parcialmente algunos aspectos de un enfoque de gubernamentalidad, está trabajando Luis Miguel Bascones en su tesis doctoral en la Facultad de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid.

si no debemos más bien avanzar en la construcción de nuevos objetos, así como de las estrategias adecuadas para reflexionar acerca de ellos.

5. El análisis de gubernamentalidad como contribución para una sociología de lo «postsocial»

En el recorrido realizado hasta ahora en este trabajo se encuentra presente una insistente apelación a pensar en conjunto, en su interrelación, en su mutua determinación, en su adecuación y también en su dislocación, el gobierno de la conducta individual y el gobierno de la vida social. Un análisis en términos de gubernamentalidad debería constituir una efectiva vía de acceso para ello: se trata de un enfoque flexible, y si se quiere también «humilde», pues está especialmente atento a la heterogeneidad y a la fragmentación del mundo social, sin pretensión de recubrirlo todo con un concepto omniabarcador y generador de nuevos monismos explicativos.

En ese sentido, un enfoque de gubernamentalidad, por su propia «higiene metodológica» y a la vez debido a su «humildad», cumple la función de prevenir acerca de la adopción de algunos supuestos peligrosos, presentes a menudo en análisis sobre el neoliberalismo, aún en planteamientos supuestamente críticos. Si bien he objetivado a este «neoliberalismo» y me he permitido hablar de él como un objeto real, dotado de características y con una cierta dinámica de funcionamiento que lo distingue de modalidades «precedentes» de gobierno, también cabe recordar que éste no responde a una lógica unívoca ni expresa un supuesto «pensamiento único», puesto que las modalidades de implementación de tecnologías usualmente tipificadas como neoliberales difieren localmente de manera significativa.

No es conveniente (ni por respeto a alguna forma de seriedad teórico-metodológica ni en términos de estrategias políticas prácticas de resistencia) otorgarle a esta racionalidad y a estas tecnologías una coherencia global de la que en realidad carecen. Más que disponer de un «master planning» de diseño general de la sociedad, como su antecesora keynesiana, la racionalidad política del neoliberalismo reacciona muchas veces de manera cortoplacista, en la forma meramente reactiva de «tapar huecos» y recomponer las relaciones trastocadas allí mismo donde se producen las erupciones. Esa reacción, se produce (eso sí) con gran celeridad y con enorme flexibilidad, a veces también con bastante creatividad y capacidad inventiva, pero muchas otras veces a través de la mera repetición acrítica de recetas formuladas y aplicadas en otros contextos.

Estos discursos neoliberales, que tienen la interesante peculiaridad de presentarse a sí mismos «al mismo tiempo como diagnóstico y como cura» (Donzelot, 1991, 169), gustan revestirse de un aura de pragmatismo y de neutralidad valorativa. La avalancha de datos estadísticos provenientes de las disciplinas contables y de gestión que suele acompañar a la programática neoliberal tiene la tarea de avalar esta supuesta apoliticidad. Así, en retóricas neoliberales, incluso procesos históricos de gran complejidad y de enormes repercusiones en un contexto global (como, por ejemplo, el derrumbe del

bloque soviético), que deberían pensarse con el concurso de numerosas variables, suelen explicarse meramente a partir de su «ineficiencia» frente al bloque capitalista occidental.

Por el contrario, un enfoque desde la perspectiva de la gubernamentalidad no opera por mera aplanación de las diferencias y de las numerosas facetas del objeto, sino que está atento al hecho fundamental de que el mundo que hoy se construye y se recodifica en términos neoliberales es un mundo fragmentado y contingente. Esto no quiere decir que sea totalmente ininteligible, sino solamente que las condiciones de inteligibilidad no pueden reducirse simplemente a factores únicos. Lo que más bien debería hacerse, entonces, es analizar el acoplamiento-desacoplamiento, puntual y concreto, entre racionalidades y tecnologías.³² Por eso, más que presentar conceptos omniabaradores, estoy apelando a un escrutinio detallado de mezclas contextuales, con modalidades locales de articulación.

Así, veremos como pueden coexistir en una misma situación de poder un conjunto de técnicas que pueden parecer a primera vista como muy avanzadas (las técnicas de *empowerment* y de autorresponsabilización de grupos y comunidades, de inyección de autoestima y de capacidad de iniciativa en el sujeto), con retóricas welfaristas (de defensa de la cohesión social, de la integración y de la ciudadanía social), con dispositivos meramente disciplinarios de sujeción de poblaciones, con pura violencia, razón de Estado, y exclusión desafiadora y descalificadora. Si alguna, ésta sería la más importante ventaja metodológica de la perspectiva de la gubernamentalidad en una situación como la contemporánea: la de disponer de una especial sensibilidad ante la gran reestructuración de poderes, saberes e identidades actualmente en curso, y ante la compleja yuxtaposición de ejercicios de poder que tienen diferentes niveles, provienen de distintas iniciativas, y producen diferentes efectos sobre el individuo y los grupos sociales.

Adoptando una perspectiva de análisis de la interrelación entre gobierno de los otros y gobierno de sí, del acoplamiento-desacoplamiento entre racionalidades y tecnologías, se evitaría también la caída fácil en una ontologización de los modos neoliberales de gobierno. En cualquier caso, la especial combinatoria de racionalidades políticas y de tecnologías de gobierno que se develará en el análisis tendrá por resultado una configuración que será liberal, liberal avanzada o neoliberal en unos aspectos y en unos espacios determinados, pero por cierto también «despótica» en otros (Valverde, 1996). No habrá pues, lugar para pensar en «desfasajes» al ver la coexistencia de elementos que teóricamente pertenecerían a «épocas diferentes». Desde luego que también deberá analizarse, en cada caso, hasta qué punto las racionalidades políticas vigentes «racionalizan» adecuadamente las tecnologías de gobierno en curso, y también hasta qué punto el despliegue de esas tecnologías retroalimenta el desarrollo de racionalidades, o se ve apuntalado por

³² Esta relación del acoplamiento-desacoplamiento entre racionalidades políticas y tecnologías de gobierno la tematizan Rose y Miller en su consideración acerca del neoliberalismo, que para ellos «debería verse como una reorganización de las racionalidades políticas, que las coloca en una suerte de alineamiento con las tecnologías contemporáneas de gobierno» (1992, 199).

ellas. La relación entre ambas instancias analíticas será en cualquier caso meramente contingente, y el análisis deberá intentar entenderlas en sus propios términos, sin pretender introducirle de contrabando a los hechos empíricos una lógica general de la que evidentemente carecen, sino viendo de qué manera se producen las específicas combinatorias.⁵³

Esta fragmentación no sólo hace referencia a diferentes sectores del espacio social, en los cuales se aplicarían ciertas tecnologías en desmedro de otras, o en los cuales tendría predominio tal racionalidad en tanto que las otras quedarían en la penumbra. El sujeto mismo se encuentra atravesado por instancias de poder diferentes, participando a veces en redes más o menos tradicionales de afiliación comunitaria y otras veces, quizá al mismo tiempo, en redes muy «avanzadas» de insidiosa sujeción responsabilizante. Para decirlo en pocas palabras: los nuevos sujetos del neoliberalismo no sólo son los flexibles *yuppies* transnacionalizados, los gestores, los consultores y los *managers*, sino también las *maquiladoras*, la *underclass* y los refugiados.

Si de lo que se trata es de pensar juntos el gobierno de la conducta individual y el gobierno de la vida social, uno podría preguntarse qué es lo que aporta de novedoso este análisis de la gubernamentalidad. Desde el saber sociológico más rudimentario podría replicarse diciendo que esta sugerencia no constituiría más que una obviedad, una verdad de perogrullo, puesto que si la sociología algo ha hecho desde sus orígenes, esto ha sido precisamente el plantearse el interrogante central acerca del tipo de relación que se manifiesta entre el individuo y la sociedad. Las viejas preguntas de la sociología, por el lazo social (¿cómo es que los individuos se relacionan entre sí?) y por el orden social (¿qué es lo que hace que estas relaciones den lugar a una estructuración más o menos ordenada y pautada de interacciones?) siguen por cierto conservando plena vigencia.

Pero de cara a esta creciente fragmentación de espacios, poderes e identidades, y considerando también una situación por y en la cual se vuelven superfluos sectores enteros de población,⁵⁴ quizá debieran volver a plantearse estas preguntas fundacionales de la sociología. La sociología clásica había contribuido (junto con las otras ciencias sociales y humanas) a la invención de una noción de «lo social» como un todo constituido por partes: una sociedad como un conjunto de semejantes, estructurada alrededor de una matriz única de solidaridad y con un (relativamente) sólido registro de la normatividad. Esta noción alcanza su más alto desarrollo durante la vigencia de las racionalidades y las tecnologías welfaristas, cuando incluso las jerarquías (por más pronunciadas que hayan sido) y los conflictos (por más que se hayan expresado en formas violentas) eran presentados desde una matriz de integra-

⁵³ Para ello se requiere, entre otras tácticas investigativas, un «análisis político de los enunciados», que permitiría ver «cómo un enunciado remite a una política, y cambia singularmente de sentido de una política a otra» (Deleuze, 1979, 238).

⁵⁴ A este fenómeno se lo suele tematizar con el concurso de la noción de «exclusión social». Se trata de un tema de fundamental importancia para el debate político y sociológico contemporáneo y que lamentablemente tampoco puedo discutir aquí.

ción y cohesión. Hoy, existen numerosas evidencias empíricas para descartar una noción de sesgo tan totalizador y simplista.

Si es cierto que el viejo objeto-sociedad ha empezado a perder autoevidencia, es casi obvio también que la sociología tenga por consiguiente que experimentar una suerte de crisis de identidad (Rose, 1996, 328). En lugar de apelar a la estéril retórica banal del *anything goes*, como muchas veces suele hacerse aún en ámbitos académicos, quizá sea éste un momento adecuado para una redefinición de nuestros objetos y de nuestras teorías. En ello se debería atender especialmente a las nuevas dinámicas de fragmentación de espacialidades y temporalidades, a las nuevas prácticas por las cuales se pone fuera de juego a sectores crecientes de población superflua y a las nuevas formas que asumen los poderes y los saberes. Incluso podría ponerse un enorme signo de interrogación a la novedad de estas configuraciones, puesto que, muchas veces, las supuestamente nuevas transformaciones sólo traducen o recodifican viejas prácticas (el vino viejo en nuevos odres, o el vino joven en viejos odres, según los casos, algo que de todas maneras se debería develar en una investigación empírica acotada).

A esta realidad de fragmentación de ámbitos de acción, de creciente exclusión de segmentos de población, del auge de refinadas técnicas de dominio, de autonomización de ámbitos enteros de la experiencia colectiva, de refrigeración del lazo social, de reactivación del (ya tantas veces dado por muerto) concepto de comunidad, de la inculcación de una imparable cultura de empresa, la denominaré intuitiva y exploratoriamente «postsocial». No me anima aquí el mero propósito de crear neologismos para introducirlos en la tienda sociológica, como novedosas mercancías. Ni tampoco debería entenderse este concepto como vinculado a una convocatoria a la levedad, al descreído credo de los «post-algo», que tanto vienen proliferando en nuestro medio. Sólo intento desplegar un concepto que permita continuar con las reflexiones y no aplane la diversidad, la fragmentación y la contingencia en nombre de una nueva y supuestamente poderosa variable independiente.

Cuando se diluye el objeto de referencia de la sociología, cunde la tentación de fundar nuevos monismos para morigerar las incertidumbres (existenciales e investigativas) en un contexto de creciente contingencia de la moralidad. Sin ningún ánimo de reseñar las tendencias actualmente de moda en el mercado sociológico (que por otra parte tampoco se presentan revistiendo una sola faceta), me atrevo a decir que, muchas veces, «globalización», «reflexividad» o «riesgo» pueden también emplearse como receta de fácil aplicación para cualquier contexto y para cualquier segmento de sociedad. Si caen las viejas certezas acerca de la clase y la nación, bueno sería también no caer en estas fáciles tentaciones de encontrar nuevas supuestas unidades de sentido, nuevos pretendidos «cementos de lo social», y en cambio buscar planteamientos que revistan a la vez las características de humildad y ambición, para hacerse cargo verdaderamente de la heterogeneidad y de la contingencia del mundo. Sugiero entonces una apropiación (crítica y selectiva, por cierto) del estudio de la gubernamentalidad, como un posible y estimulante planteamiento renovador para una sociología de nuestra condición postsocial.

Si bien he realizado una lectura interesada y fragmentada de algunos estudios sobre la gubernamentalidad, creo que no sería fructífera una apropiación acrítica y «en bloque» del enfoque, que por otra parte tampoco aparece revistiendo una gran homogeneidad interna. Las críticas que podrían hacerse a varios de estos estudios son de gran calado, y aquí sólo voy a presentarlas someramente: excesiva *situatedness* cultural de corte anglosajón, lo cual haría difícil su aplicación en otros contextos; el énfasis sobre la creciente importancia de lo no-estatal lleva muchas veces a un descuido excesivo de la importancia que todavía mantiene el Estado; tendencia a la teorización abstracta, con un consecuente desprecio a la sociología y a las prácticas de investigación empírica orientadas a analizar las «confusas aplicaciones» de los programas de gobierno; excesivo énfasis en el carácter programático de las iniciativas frente a ellas; una cierta respetuosa fascinación frente a un supuesto carácter inventivo y original de las modalidades de gobierno del liberalismo-neoliberalismo, etc.⁵⁵

De todos modos (y luego de las necesarias correcciones) defiendo el enorme potencial crítico de este enfoque. Si logra centrarse en los mecanismos por los cuales se construyen, se destruyen y se reconstruyen el lazo social y las identidades individuales y colectivas, si logra detectar algún tipo de afinidad electiva entre el *empowerment* de sujetos y comunidades, la creciente exclusión de segmentos enteros de población y las pretensiones de maximización de la ganancia, bien puede servir (como un subproducto más, por cierto, pero de enorme relevancia) para alentar, promover, «iluminar», focalizar posibles prácticas de resistencia. Éstas ya no podrán asumir de ningún modo formas de tipo global e insurreccional, sino que serán más bien locales, de microfísica, de «cortocircuito». Pero quizá estas prácticas de resistencia, las que todavía están por inventarse, sean las que nos permitan alguna vez, como individuos y como comunidades, arrojar el agua (muy) sucia de las nuevas modalidades emergentes de sujeción heterónoma y conservar al mismo tiempo el (prometedor) bebé de la autonomía y del *empowerment*.

Bibliografía citada

BARRY, Andrew, THOMAS OSBORNE y NIKOLAS ROSE (eds.): *Foucault and political reason. Liberalism, neo-liberalism and rationalities of government*. UCL Press, Londres, 1996.

— «Introduction», en Andrew BARRY, THOMAS OSBORNE y NIKOLAS ROSE (eds.): *Foucault and political reason. Liberalism, neo-liberalism and rationalities of government*. UCL Press, Londres, 1996 (1-17).

⁵⁵ Véase también más arriba, notas 40 y 41. En una línea de apropiación crítica de este enfoque me encuentro trabajando actualmente, realizando una revisión y una «puesta a punto» del mismo a los efectos de potenciar su efectividad para reflexionar acerca de las emergentes modalidades de planificación, diseño, ejecución y evaluación de políticas neoliberales en un contexto específico latinoamericano.

- BURCHELL, Graham: «Liberal government and techniques of the self», en *Economy and Society*, 22 (3), 1993 (267-282).
- BURCHELL, Graham; Colin GORDON y Peter MILLER (eds.): *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf, 1991.
- DEAN, Mitchell: «Putting the technological into government», en *History of the Human Sciences*, 9 (3), 1996 (47-68).
- DELEUZE, Gilles (1979): «El auge de lo social», epílogo a Jacques Donzelot: *La policía de las familias*, Pre-Textos, Valencia, 1979 (233-241).
- «Post-scriptum sobre las sociedades del control», en Gilles DELEUZE: *Conversaciones 1972-1990*, Pre-Textos, Valencia, 1995a. (277-286) (aparecido por primera vez en *L'Autre Journal*, núm. 1, mayo de 1990).
- *Foucault*, Suhrkamp, Frankfurt/Main, 1995b.
- DE MARINIS, Pablo: *Überwachen und Ausschließen. Machtinterventionen in urbanen Räumen der Kontrollgesellschaft*. Tesis doctoral, Instituto de Sociología, Universidad de Hamburgo, 1997 (en prensa en Centaurus Verlag, Pfaffenweiler).
- «La espacialidad del Ojo miope (del Poder). (Dos Ejercicios de Cartografía Postsocial)», *Archipiélago, Cuadernos de crítica de la cultura* (n.º 3+35), diciembre de 1998a.
- «On the Deleuzian societies of control. The post-social enlargement of the triangle "sovereignty-discipline-government" towards a square which includes the duet "modulation-exclusion"», presentado en la conferencia *Socio-legal politics: post-foucaultian possibilities*, Instituto Internacional de Sociología Jurídica, Oñati, España, 14-15 de septiembre de 1998b.
- DONZELOT, Jacques: «The mobilization of society», en Graham BURCHELL, Colin GORDON y Peter MILLER (eds.): *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf, 1991 (169-179).
- FOUCAULT, Michel: *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, México, 1976.
- «El sujeto y el poder», en Hubert L. DREYFUS y Paul RABINOW: *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, UNAM, México D.F., 1988 (227-244).
- *Résumé des cours 1970-1982. Conférences, essais et leçons du Collège de France*, Julliard, París, 1989.
- «La Gubernamentalidad», AA.VV.: *Espacios de Poder*, La Piqueta, Madrid, 1991a (9-26).
- «Questions of Method», en Graham BURCHELL, Colin GORDON y Peter MILLER (eds.): *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf, 1991b (73-86).
- «Nuevo orden interior y control social», en FOUCAULT, Michel: *Saber y Verdad*, La Piqueta, Madrid, 1991c (163-166).
- «Seguridad social: un sistema finito frente a una demanda infinita», en FOUCAULT, Michel: *Saber y Verdad*, La Piqueta, Madrid, 1991d (209-228).
- *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992a.
- *Genealogía del racismo (Cursos en el Collège de France, 1975-1976)*, Altamira-Nordland, Montevideo y Buenos Aires, 1992b.
- *Dits et Écrits I-IV, 1954-1988*, Daniel Defert y François Ewald (eds.), Gallimard, París, 1994a.

- «Entretien avec Michel Foucault», en *Dits et Écrits IV*, 1994b (41-95).
 - «La société disciplinaire en crise», en *Dits et Écrits III*, 1994c (532-534).
 - «Subjectivité et vérité», en *Dits et Écrits IV*, 1994d (213-218).
 - «L'éthique du souci de soi comme pratique de la liberté», en *Dits et Écrits IV*, 1994e (708-729).
 - (con el seudónimo de Maurice Florence): «Foucault», en *Dits et Écrits IV*, 1994f (631-636).
 - «Manières de justice», en *Dits et Écrits III*, 1994g (755-759).
 - *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Paidós, Barcelona, 1996.
 - «Nacimiento de la biopolítica», en *Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, 30, 1997 (119-124). Traducción de Fernando Álvarez-Uría.
- FRANKEL, Boris: «Confronting Neoliberal Regimes: The Post-Marxist Embrace of Populism and Realpolitik», en *New Left Review*, 226, noviembre-diciembre 1997 (57-92).
- GANE, Mike, y Terry JOHNSON (eds.): *Foucault's New Domains*, Routledge, Londres y Nueva York, 1993.
- GARLAND, David: «"Governmentality" and the problem of crime», *Theoretical Criminology* 1 (2), 1997 (173-214).
- GORDON, Colin: «Governmental rationality: an introduction», en BURCHELL, GORDON, MILLER (eds.): *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf, 1991 (1-51).
- HINDESS, Barry: *Disertaciones sobre el poder. De Hobbes a Foucault*, Talasa, Madrid, 1998.
- HONNETH, Axel: «Foucault und Adorno. Zwei Formen einer Kritik der Moderne», en *Die zerrissene Welt des Sozialen: sozialphilosophische Aufsätze*. Suhrkamp, Frankfurt/Main, 1990 (73-92).
- LEMKE, Thomas: *Eine Kritik der politischen Vernunft. Foucaults Analyse der modernen Gouvernementalität*, Argument Verlag, Hamburg, 1997.
- LEMKE, Thomas: «"Der Eisberg der Politik". Foucault und das Problem der Regierung», en *KulturRevolution*, 31, 1995 (31-41).
- MILLER, Peter, y Nikolas ROSE: «Governing Economic Life», en *Economy and Society* (19), 1990, (1-31).
- MOREY, Miguel: «Introducción: la cuestión del método», introducción a *Foucault, Michel* (1996) (9-44).
- O'MALLEY, Pat: «Risk and responsibility», en Andrew BARRY, Thomas OSBORNE y Nikolas ROSE (eds.): *Foucault and political reason. Liberalism, neo-liberalism and rationalities of government*, UCL Press, Londres, 1996 (189-207).
- O'MALLEY, Pat; Lorna WEIR y Clifford SHEARING: «Governmentality, criticism, politics», en *Economy and Society*, 26 (4), 1997 (501-517).
- PASQUINO, Pasquale: «Theatrum politicum: The genealogy of capital-police and the state of prosperity», en BURCHELL, GORDON y MILLER (eds.): *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*. Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf, 1991 (105-118).
- «Political theory of war and peace: Foucault and the history of modern political theory», en *Economy and Society*, 22 (1), 1993 (77-88).

- PRATESI, Ana Rosa: «De las necesidades a los recursos. Un giro metodológico en el estudio de la pobreza», *Resistencia*, Chaco, Argentina, 1998 (ejemplar mimeografiado).
- ROSE, Nikolas: «Government, authority and expertise in advanced liberalism», en *Economy and Society*, 22 (3), 1993 (283-299).
- «The death of the social? Re-figuring the territory of government», en *Economy and Society*, 25 (3), 1996 (327-356).
- «El gobierno en las democracias liberales "avanzadas": del liberalismo al neoliberalismo», en *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura* (29), 1997 (25-40) (traducción de Julia Varela).
- ROSE, Nikolas, y Peter MILLER: «Political power beyond the State: problematics of government», en *British Journal of Sociology* (43), 2, 1992 (173-205).
- SCHERER, Sebastian: «Zwei Thesen über die Zukunft des Gefängnisses —und acht über die Zukunft der sozialen Kontrolle», en VON TROTHA, Trutz (ed.): *Politischer Wandel, Gesellschaft und Kriminalitätsdiskurse. Beiträge zur interdisziplinären wissenschaftlichen Kriminologie. Festschrift für Fritz Sack zum 65. Geburtstag*, Nomos, Baden-Baden, 1996a (321-334).
- VALVERDE, Mariana: «"Despotism" and ethical liberal governance», en *Economy and Society*, 25 (3), 1996 (367-372).
- VEIGA-NETO, Alfredo: *Governabilidade ou Governamentalidade?*, <http://orion.ufrgs.br/faced/alfredo/governo1.htm>, 16-06-1998.